

las ventanas estaban abiertas al dulce calor del sol, y los canarios piaban.

—¿Hacía mucho que estaba en casa la difunta?—preguntó el cura a Jorge.

—Casi un año.

El padre desdobló lentamente el pañuelo y lo sacudió antes de sonarse.

—Su señora lo sentirá mucho... ¡Es un sentimiento general!

Y se sonó con estrépito.

Juana apareció en aquel momento, de mantón y pañuelo a la cabeza. Había sabido por las vecinas que Juliana «había reventado» y que estaban los señores en casa de don Sebastián. Venía de allí. Luisa la mandó pasar a su cuarto, y cuando Juana vió enferma a su «querida ama» lloró; pero Luisa la dijo que «pronto estaría todo mejor, y que podía volver».

—Y oiga usted, Juana...: si el señor la pregunta... diga usted que estuvo en Bellas, con la tía...

La muchacha fué a buscar su ajuar, y se instaló de nuevo, algo impresionada por lo acaecido.

Al poco rato el señor Paula llamó discretamente.

Venía a ofrecerse para lo que fuera necesario en aquel trance. Y quitándose la gorra y arrasando el pie, decía con su voz acatarrada:

—Lamento la desgracia, la lamento... ¡Todos somos mortales!

—Bueno, bueno, señor Paula; no necesito nada—contestó Jorge—, muchas gracias.

Y cerró la puerta. Estaba impaciente por desembarazarse de aquel asedio, y como le molestasen los martillazos de los hombres que clavaban arriba el féretro, llamó a Juana.

—Diga usted a esa gente que se dé prisa; no vamos a estar así toda la vida.

Juana subió la orden. Había intimado con la

señora Margarita, que fué con ella a la cocina para tomar un «tente en pie», y como no había lumbré, se contentó con unas sopitas de pan y vino.

—Sopas de burro—dijo.

Estaba disgustada con la difunta; nunca había visto bicho más feo. Parecía una sardina seca. Y miraba complacida las tentadoras formas de Juana.

—Usted sí que tiene aire de buen cuerpo—dijo, pareciendo calcular cómo arreglaría la mortaja sobre aquellas robustas líneas.

—Pronto quiere usted...—dijo Juana escandalizada.

La otra sonrió: la faltaban los dientes.

—Ha pasado por mi mano gente muy principal—dijo aflautando la voz—. ¿Hace usted el favor de otro poco de vino? Es de Cartaxo, ¿verdad? ¡Rico vino!

Con gran satisfacción de Jorge bajaron la caja a las cuatro. La vecindad cunoseaba en las puertas. El señor Paula, por fanfarronada, dijo adiós al ataúd, murmurando:

—¡Buen viaje!

Jorge preguntó arriba a Juana:

—¿No tiene usted miedo de quedarse aquí sola?

—No, señor; el que se va, no vuelve.

Sí tenía miedo, pero se preparaba a pasar la noche con Pedro, y la latía el corazón de alegría al tener la casa por suya hasta la mañana, y poder tumbarse amorosamente, como los señores, sobre el diván de la sala.

Jorge volvió a casa de Sebastián con éste, y al entrar en el cuarto en que estaba acostada Luisa:

—Ya está todo—dijo—. Ya va por el alto de San Juan debidamente acondicionada. «Per omnia sæcula sæculorum».

La tía Juana, que estaba con Luisa, saltó en seguida:

—Que vaya, que vaya. No era buena mujer.

—Buen estafermo era—dijo Jorge—. Espero que ya estará bullendo en la caldera de Pedro Bothero. ¿Verdad, tía Juana?

—¡Jorge!—dijo Luisa, juzgando cristiano rezar en voz baja dos Padrenuestros por su alma.

Fué todo lo que sobre la tierra produjo la muerte de la que se llamó en vida Juliana Conceiro Tavira.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vol. 1625 MONTERREY, MEXICO

Al día siguiente mejoraba Luisa; trataron de volver a casa, con gran disgusto de la tía Juana. Sebastián no decía nada, pero deseaba secretamente que la convalecencia la retuviese allí tiempo indefinido. ¡Tenía miradas tan agradecidas, que él solo comprendía! ¡Era tan feliz teniéndola a ella y a Jorge en su casa! Conferenciaba con la tía Vicenta sobre la comida; andaba por los corredores y la sala con respeto, casi de puntillas, como si la presencia de ella santificase la casa; llenaba los vasos de camelias y violetas; sonreía beatíficamente al ver a Jorge paladear de sobremesa el viejo cognac; sentía algo bueno que le mortificaba, y pensaba que cuando ella se marchase todo le parecería más frío, como impregnado de la tristeza de las ruinas.

¡Pero a los dos días se fueron a su casa. La criada nueva gustó a Luisa. Se la había proporcionado Sebastián, y era una muchacha aseada, con ojos expresivos y un aire encantador. Se llamaba Mariana, y dijo en seguida a Juana que «se moría por la señora, que tenía cara de ángel y que era muy guapa».

Jorge mandó los baúles de Juliana a la tía Victoria.

Cuando se fué por la tarde, Luisa se encerró en su cuarto con la cartera de Juliana; corrió los transparentes por precaución, encendió una vela y quemó las cartas. La temblaban las manos, y vió con los ojos anegados en lágrimas cómo aquellos escritos, que eran su vergüenza, se disipaban en una columnita de humo blanco; ¡gracias a Sebastián, a aquel querido Sebastián!

Entró en la sala, en la cocina, para ver la casa; todo le parecía nuevo, y su vida, llena de dulzuras; abrió todas las ventanas, tecloteó en el piano, rasgó supersticiosamente la partitura de «Medje», que le dió Basilio; habló mucho con Mariana, y saboreando su caldo de gallina, como convaleciente, pensaba con el rostro radiante:

—¡Qué feliz seré ahora!

Sintió entrar a Jorge por el corredor: corrió a él, le echó los brazos al cuello, y con la cabeza en su hombro, le dijo:

—¡Estoy muy contenta! ¡Si supieses qué buena muchacha es Mariana!

*
* *

Aquella noche volvió la fiebre. Julián la encontró peor a la mañana siguiente.

—Esto se agrava un poco—dijo descontento.

Estaba recetando cuando entró muy excitada doña Felicidad. Quedó sorprendida de ver enferma a Luisa, e inclinándose sobre ella le dijo al oído:

—Tengo que contarte...

Apenas Jorge y Julián salieron, dijo en voz baja y confidencial ¡que había sido robada, indignamente robada! El hombre que mandó a Tuy, grandísimo ladrón, escribió a la criada Gertrudis que no se resolvía a volver a Lisboa; que la saludadora había mudado de residencia; que él no quería saber más del asunto, todo con buena letra de memorialista y con un portugués horrible; pero ni palabra del dinero.

—¿Qué te parece la bribonada? ¡Ocho onzas!

—¡Para mí han acabado los gallegos! ¡Por eso el Consejero no se insinuaba, porque la saludadora no hizo el sortilegio!

Si no creía en la honradez de los gallegos, creía aún en la brujería.

—No es por el dinero, sino por el disgusto.

¿Quién sabe dónde estará ahora la mujer? ¡Es para volverse local! ¿Qué te parece, eh?

Luisa se encogió de hombros. Abrigada con el cobertor, y muy encarnada, se la cerraban los ojos pesadamente; doña Felicidad la aconsejó un sudorífico suspirando, y como Luisa no podía consolarla, se fué a la Encarnación a desahogarse con Silveira.

Al amanecer empeoró Luisa. La fiebre creció. Jorge se vistió muy inquieto y marchó a las nueve a buscar a Julián. Bajaba la escalera apresurado y abotonándose el gabán, cuando encontró al cartero, que subía tosiendo.

—¿Hay cartas?—preguntó Jorge.

—Una para la señora—dijo el cartero.

Jorge miró el sobre; tenía el nombre de Luisa y venía de Francia.

—¿De quién diablos será?—pensó.

A la media hora volvió con Julián en un coche. Luisa dormitaba aletargada.

—Es preciso cuidado... Vamos a ver—dijo Julián meneando la cabeza, mientras al otro lado de la cama le miraba ansioso Jorge.

Recetó y se quedó a almorzar. Estaba el día frío y nublado. Mariana, abrigada con su mantón, servía la mesa con sus dedos hinchados de sabañones. Jorge se sentía triste, como si la niebla del ambiente se le condensase en el alma.

—¿A qué atribuir aquella fiebre?—decía con tristado. ¡Era extraño! Hacía seis semanas que estaba bien y mal a ratos.

—Estas fiebres tienen mil causas—dijo Julián, partiendo tranquilamente una tostada—, a veces una corriente de aire, a veces un disgusto. Tengo ahora un curioso ejemplo de ello: un sujeto, un tal Alvéz, que estuvo a la muerte y que vivía hacía dos meses sufriendo. Hace dos semanas

que por un golpe de fortuna—porque es caprichosa esa señora—, arregló todos sus negocios y se vió libre. Pues, señor, desde entonces tiene una fiebre así, insidiosa, compleja, con síntomas disparatados. ¿Qué es? Que acabó la excitación nerviosa, y que la felicidad alteró su sangre. Sobreviene una extenuación general, la mayor cuando el acreedor implacable sale, y... «per omnia sæcula».

Levantóse y encendió un cigarro.

—En todo caso, reposo absoluto, como si pudiéramos el espíritu entre algodón en rama. Nada de ruido ni de frases, y si tiene sed, agua de limón. Hasta luego.

Y se fué, poniéndose los guantes negros, que usaba desde que pertenecía al cuerpo médico.

Jorge volvió a la alcoba; Luisa dormitaba aún. Mariana, sentada en una silla baja, con la carita triste, no quitaba de Luisa sus ojos, vagamente espantados.

—Ha estado muy quieta—murmuró.

Jorge tocó la mano ardiente de Luisa y arregló la ropa; la besó en la cabeza y fué a cerrar las maderas de la ventana. Paseando en el despacho, recordaba las palabras de Julián: «Fiebre que vienen por un disgusto». Pensaba en la historia del comerciante y recordaba el inexplicable estado de abatimiento y debilidad que tanto le preocupara en Luisa últimamente. ¡Bah, tontearías! Disgusto... ¿de qué? En casa de Sebastián estuvo tan contenta. No sería la muerte de «aquella» la causa. Por otra parte, creía poco en las «fiebres de disgusto». Julián tenía una medicina literaria, y pensó que tal vez sería prudente llamar al viejo doctor Caminha.

Al sentir la mano en el bolsillo, se encontró una

carta: la que le dió el cartero para Luisa. Miró á examinarla con curiosidad: el sobre era ordinario, como los que dan en cafés y restaurants; no conocía la letra, que era de hombre... Venía de Francia. Tuvo deseo de abrirla pero se contuvo, y tirándola sobre la mesa lió un cigarro.

Volvió á la alcoba. Luisa seguía aletargada; la manga de la chambra, caída, descubría el precioso brazo y el dorado sobaco; el rostro encendido brillaba; las largas pestañas caían pesadamente en el adormecimiento de los párpados; un rizo le caía sobre la frente, y le pareció á Jorge hechicera con aquel color de fiebre. Pensó, sin saber por qué, en que otros la hallarían igualmente linda y la deseaban, y hasta se lo dirían si era posible... ¿Por qué la escribían de Francia?...

Volvió al despacho; la carta sobre la mesa le irritaba; quiso leer y tiró en seguida el libro, impaciente. Se puso á pasear, retorciendo nerviosamente el forro de los bolsillos.

Cogió la carta y quiso ver á través del delgado papel del sobre; y, sin pensarlo, empezaron sus dedos á rasgar un ángulo. Aquello no era delicado... Pero la curiosidad, que le llenaba el cerebro, le sugería toda clase de razones con persuasiva tentación... Ella estaba enferma, y podía ser algo urgente, tal vez una herencia... Además, no sabía que tuviera secretos, y menos de Francia... ¡Sus escrúpulos eran pueriles! La diría que la abrió por equivocación... ¿Y si la carta contenía el secreto de aquel *disgusto* de las teorías de Julián?... ¡Debía abrirla para curarla mejor!

Se halló, sin quererlo, con la carta abierta en la mano. La devoró de una ojeada, pero no entendió bien: las letras bailaban, y acercándose á la ventana, leyó lentamente:

“Mi querida Luisa:

“Sería largo explicarte cómo y por qué estaba anteayer en Niza, de donde llegué á París esta madrugada, donde ha recibido tu carta, que, á juzgar por los sellos, he recorrido toda Europa detrás de mí. Como ya va á hacer dos meses y medio que la escribiste, supongo que te arreglarías con esa mujer, y que no te hará falta dinero; pues, en caso contrario, ponme un telegrama, y lo tendrás á los dos días. Veo en tu carta que no crees que mi marcha fuera causada por negocios, y eres injusta. Mi ausencia no debía, como dices, haberte quitado las *ilusiones sobre el amor*, porque, en realidad, sólo cuando salí de Lisboa supe cuanto te quería, y no pasa día sin que me acuerde del *Paraiso*. ¡Qué hermosas mañanas! ¿Has vuelto á pasar por allí? ¿Te acuerdas de nuestro *lunch*? No tengo tiempo para más. Tal vez vuelva pronto á Lisboa y espero verte, porque Lisboa, sin ti, sería para mí un destierro.

“Recibe un beso apasionado de tu

“BASILIO.”

Jorge dobló la carta, la tiró sobre la mesa y dijo en voz alta:

—¡Perfectamente!

Llenó la pipa con tabaco maquinalmente; con ojos extraviados y temblorosos labios, dió algunos pasos por el despacho, y de pronto tiró la pipa, rompiendo un cristal de la ventana; amenazó, loco, con el puño, y echándose de bruces sobre la mesa, moviendo la cabeza entre las manos y mordiendo las mangas, rompió á llorar, dando, como loco, con los pies en el suelo.

De pronto se levantó, cogió la carta é iba con ella al cuarto de Luisa; pero le detuvo el recuerdo de las palabras de Julián: “que esté tranquila, nada de fra-

ses, nada que la excite". Guardó la carta en una gaveta y la llave en el bolsillo. De pie y temblando, con los ojos inyectados en sangre, sintió fulgurar ideas insensatas en el cerebro, como los relámpagos de la tempestad. ¡Matarla, irse luego, abandonarla, levantarse la tapa de los sesos!...

Llamó ligeramente Mariana en la puerta y dijo que la señora le llamaba.

Una ola de sangre le subió á la cabeza, mirando estúpidamente á Mariana y moviendo sin cesar los párpados.

—Ya voy— dijo roncamente.

Al pasar por la sala, ante el espejo oval, se quedó pasmado de ver su rostro envejecido. Pasó por él una toalla mojada, se alisó el cabello, y al entrar en la alcoba, al verla con sus grandes ojos dilatados por la fiebre, tuvo que agarrarse á la barra de la cama, porque sintió que en derredor suyo oscilaban las paredes como las velas al viento.

Sonrió, sin embargo.

—¿Cómo estás?— dijo.

—Mal,—murmuró débilmente Luisa, llamándole con cansado gesto.

El se sentó junto á ella, sin mirarla.

—¿Qué tienes?—dijo ella, acercando su rostro al de él.—No te aflijas...—añadió, tomándole la mano y colocándosela sobre el lecho.

Jorge la rechazó secamente y se levantó brusco, con los dientes apretados; sentía cólera brutal y se ba temiéndose á sí propio, á un crimen, cuando oyó la voz de Luisa, que sonaba como un lamento:

—¿Qué es esto, Jorge? ¿Qué tienes?

Se volvió, la vió medio levantada, con los ojos abiertos y fijos en él, la angustia en el rostro y dos lágrimas que le caían silenciosamente.

Cayó de rodillas, la cogió las manos y rompió en sollozos...

—¿Qué es esto?—dijo la voz de Julián, en la puerta de la alcoba.

Jorge se levantó muy pálido.

Julián se lo llevó á la sala y se cruzó terrible de brazos, delante de él.

—¿Estás loco? ¿Sabes que está en un estado como ese, y representas con ella escenas de lágrimas?

—No me pude contener...

—Resiste. ¿Le corto yo la fiebre para que tú se la aumentes? ¡Estás loco!

Estaba realmente indignado. Se interesaba por Luisa como enferma y deseaba curarla. Sentía placer ejerciendo el dominio de persona necesaria en una casa en que sus visitas habían tenido siempre cierto tinte de dependencia, y no se olvidaba al irse de ofrecer negligentemente un cigarro á Jorge.

*
**

Durante toda la tarde Jorge dió pruebas de heroísmo. No podía estar mucho tiempo en la alcoba de Luisa, porque la desesperación le agitaba en contrarios sentidos; pero iba á cada paso, le sonreía, le arreglaba la ropa de la cama con trémula mano, y cuando dormitaba, se la quedaba mirando de hito en hito, con una curiosidad dolorosa é inmoral, como queriendo sorprender en su rostro vestigios de ajenos besos, esperando que la fiebre le hiciese pronunciar un nombre ó una fecha. La amaba más desde que la suponía infiel, pero con amor carnal y pervertido. Se encerraba después en el despacho, y se movía entre sus paredes como una fiera en su jaula. Releyó la carta infinitas veces, y el mismo vil y roedor deseo de saber le atormentaba. ¿Cómo había sido? ¿Qué era el *Paraiso*? ¿Había una cama? ¿Qué vestido llevaba ella? ¿Qué le decía él? ¿Qué besos le daba?

Leyó todas las cartas que recibió de Luisa en Alentejo, procurando descubrir en sus palabras los síntomas de la frialdad, las fechas de la traición. Sentía entonces por ella un odio feroz y le pasaban por la

cabeza ideas de muerte, ahogarla, darle cloroformo ó láudano. Luego quedaba inmóvil, recostado en la silla, viendo con la mirada turbia su pasado, el día de su boda, ciertos paseos con ella, las palabras que le dijo...

A veces pensaba si sería la carta una *mixtificación*. Algún enemigo podía haberla escrito y mandado á Francia. Acaso Basilio tuviese *otra* Luisa en Lisboa, y se equivocara al poner el sobre, escribiendo el nombre de su prima. La momentánea alegría que le daban aquellas fantasías, le hacía más cruel la realidad. Pero... ¿cómo fué? ¡Si supiera la verdad se tranquilizaría! Arrancaría de su pecho aquel amor como si fuera un inundo parásito, y apenas ella mejorara la llevaría á un convento, y se iría él á morir lejos, á Africa. Pero... ¿quién sabría?... ¡Juliana!

¡Ella lo sabía ciertamente! ¡Todas aquellas condescendencias por Juliana, los muebles, el cuarto, los vestidos, todo se lo explicaba! ¡Pagaba la complicidad! ¡Era su confidente, llevaba las cartas, lo sabía todo!... ¡Y estaba la maldita en el hoyo, muerta, sin poder hablar!...

Sebastián fué por la noche, como de costumbre. No había luz encendida aun, y apenas entró, le llamó Jorge al despacho en silencio; encendió una bujía y sacó la carta de la gaveta:

—Lee eso—dijo.

Asombrado quedó Sebastián al ver el rostro de Jorge. Miraba la carta de Jorge y temblaba, y apenas vió la firma, sudor de agonía le cubrió el rostro. Le pareció que el piso temblaba y le hacía vacilar. Pero se dominó, leyó y dejó la carta sobre la mesa, sin decir palabra.

—Sebastián—dijo Jorge: esto es la muerte para

mí. Tú sabes algo, Sebastián: tú venías aquí, tú lo sabes... ¡Dime la verdad!

Sebastián abrió los brazos.

—¿Qué quieres que te diga? ¡No sé nada!

Jorge le cogió las manos, se las sacudió, y mirándole amoroso:

—Sebastián—dijo—, por nuestra amistad, por el alma de tu madre, por tantos años que hemos pasado juntos, ¡dime la verdad, Sebastián!

—No sé nada... ¿Qué quieres que sepa yo?

—¡Mientes!

—¡Te pueden oír, hombre!—murmuró Sebastián.

Hubo una pausa. Jorge se apretaba las sienes con las manos; paseaba por el despacho, haciendo temblar el piso, y de pronto se puso ante Sebastián, en ademán suplicante:

—¡Dime al menos lo que hacía! ¿Salsa? ¿Venía alguien?

Sebastián respondió con los ojos fijos en la luz:

—Venía alguna vez el primo, al principio, y cuando estuvo enferma doña Felicidad, iba ella a verla. El primo se marchó después... no sé nada más.

Jorge miró un momento a Sebastián fijamente.

—Pero ¿qué la he hecho yo, Sebastián? Yo, que la adoraba; ¿qué la hice para obrar así?... ¡Yo que adoraba a esa mujer!

Rompió a llorar, y Sebastián se quedó junto a la mesa, anonadado.

—Fué una locura...—murmuró.

—¿Y lo que dice la carta?—gritó Jorge, volviéndose colérico y agitando el papel—. ¡Este «Paraíso», estas «hermosas mañanas» pasadas allí! ¡Es una infame!

—Está enferma, Jorge—se atrevió a decir Sebastián.

Jorge no contestó. Paseó algún tiempo en silen-

cio, mientras Sebastián miraba inmóvil la luz de la bujía. Jorge guardó la carta en la gaveta, y, cogiendo la palmatoria, dijo con entonación de laxitud lúgubre y resignada:

—Vamos a tomar té, Sebastián.

No volvieron a hablar de la carta.

Aquella noche durmió profundamente Jorge, y a la mañana siguiente tenía el rostro impasible y de una serenidad lívida.

Fué en lo sucesivo el enfermero de Luisa. La enfermedad se fijó, después de una incierta marcha de tres días; eran fiebres. Adelgazaba mucho; pero Julián estaba tranquilo.

Jorge pasaba los días a su lado. Doña Felicidad iba casi siempre por la mañana, se sentaba al pie de la cama y allí se estaba callada y con el rostro aviejado; aquella esperanza de la mujer de Tuy, tan súbitamente destruída, la dislocó, como a un edificio al que se quita de pronto una piedra del cimiento; se iba arruinando, y sólo se animaba cuando veía entrar al Consejero, a eso de las tres, a saber de «nuestra hermosa enferma». Decía siempre alguna cosa profunda con su tono grave, con el sombrero en la mano, y sin querer entrar en la alcoba, por pudor.

—¡La salud es un bien que sólo apreciamos cuando huye!

O bien:

—La enfermedad sirve para probar a los amigos.

Y concluía así:

—Querido Jorge: pronto el carmín de la salud coloreará las facciones de su virtuosa esposa!

De noche dormía Jorge vestido sobre un colchón en el suelo; pero apenas cerraba los ojos una o dos horas. El resto de la noche procuraba leer: empe-

zaba una novela, pero no pasaba de las primeras líneas; olvidaba el libro y con la cabeza entre las manos, pensaba siempre en lo mismo... ¿Cómo había sido? Reconstruía aproximada y lógicamente algunos hechos: veía llegar á Basilio, visitarla, deseársela, mandarla ramos, perseguirla, ir á verla aquí y allá, escribirla... ¿Y luego? Comprendió que el dinero era para Juliana. ¿Tuvo alguna exigencia? ¿Les había sorprendido? ¿Poseía cartas? Encontraba en aquella reconstrucción dolorosa algunos vacíos, como agujeros sombríos en que se anegaba penosamente su alma. Recordaba los últimos meses desde su vuelta de Alentejo, y lo amante que ella se mostraba, sus caricias ardientes... ¿Para qué engañarle?

Una noche rebuscó, con precauciones de ladrón en las gavetas de ella; registró los vestidos, y hasta los pliegues de la ropa blanca, y en las cajas de cuellos y encajes; miró hasta el fondo, el cofre de sándalo... Estaba vacío; ni aun tenía una flor marchita. Otras veces removía los muebles del cuarto y de la sala, sondándolos como si quisiese descubrir las huellas del adulterio. ¿Se habrían sentado en ellos? ¿Se arrodillaría allí, á los pies de ella, sobre la alfombra?

Sobre todo, aquel largo y cómodo divan le irritaba, y llegó á odiarlo. Llegó también á odiar la casa, como si aquellos techos que les habían cubierto, y aquellos pisos que les sirvieran de sustento, hubiesen sido conscientemente culpables; pero lo que más le atormentaba eran aquellas palabras: el *Paraiso... las hermosas mañanas...*

Luisa dormía entre tanto tranquila. Al fin de la semana desapareció la fiebre, pero estaba muy débil; y el día que se levantó por primera vez, se des-

mayó dos veces: necesitaba ayuda para vestirse y para ir hasta la *chaisse-longue*, sin que quisiese á nadie más que á Jorge, allí, junto á ella, con exigencia de niño. Parecía recibir la vida de sus ojos, y la salud de sus manos. Le hacía leer el periódico por la mañana, y que escribiese junto á ella. El obedecía, y aquellas tiranías eran para su dolor como dulcísimas caricias, porque la amaba mucho.

Sentía maquinalmente como ráfagas de felicidad. Se sorprendía diciéndola ternezas, riendo con ella, olvidado de todo, como antes. Tendida en la *chaisse-longue*, recorría Luisa contenta volúmenes antiguos de la *Ilustración francesa* que remitió el Consejero, y en donde—según dijo—podía adquirir útiles nociones sobre acontecimientos históricos, al tiempo que se deleitaba con los grabados. Otras veces, con la cabeza reclinada, saboreaba la dicha de estar mejor, de verse libre de la tiranía de la *otra*, de las amarguras del *pasado*.

Una de sus alegrías era ver entrar á Mariana con su almuerzo sobre la bandeja; tenía apetito, y saboreaba con delicia la copa de vino de Oporto que Julián prescribió: si no estaba Jorge, echaba grandes párratos con Mariana, en voz baja, consolada y goloseando gelatina.

A veces hacía proyectos en silencio, y con los ojos fijos en el techo... Iría un par de semanas al campo para restablecerse, y á la vuelta empezaría á bordar tiras de casimir para forrar la sillería de la sala, porque quería ocuparse mucho de la casa y vivir recogida; él no volvería al Alentejo ni saldría de Lisboa... ¿verdad? La vida sería así en lo sucesivo dulce y fácil.

A veces hallaba á Jorge preocupado. ¿Qué tenía? El se disculpaba con la fatiga y las malas noches.

Si enfermase, le decía que fuese cuando ella estuviera ya fuerte para cuidarle y velarle. Pero no enfermaria, ¿verdad? Le hacía sentar á su lado, le pasaba la mano por los cabellos, con la mirada dulce, porque con las fuerzas que volvían renacia el impulso de su amoroso temperamento. Jorge sentía que la adoraba, y esto le hacía más desgraciado.

A solas consigo misma, tomaba otras resoluciones. No volvería á ver á Leopoldina, y frecuentaría las iglesias; salía de la enfermedad con un vago sentimentalismo devoto. Cuando tenía fiebre, en ciertas pesadillas de que le quedaba una idea, se veía á las veces en un lugar pavoroso, en el que surgían cuerpos que retorcían los brazos en medio de rojas llamas; formas negras, que giraban; rugidos de agonía, que subían al cielo; ya le tocaban en el pecho lenguas de fuego, cuando de pronto le refrescaba algo dulce é inefable:... eran las alas de un ángel luminoso que la cogía en brazos, y se sentía subir apoyando la cabeza en el divino seno, que la infundía felicidad sobrenatural, y veía junto á sí las estrellas, y oía ruido de alas. Aquello la dejaba una impresión melancólica del cielo. Aspiraba á él, y esperaba ganarlo con la puntualidad en la misa y los votos á la Virgen.

Una mañana entró en la sala por vez primera, y abrió el piano. Jorge miraba á la calle por la ventana, cuando ella le llamó sonriendo.

—Se me hace antipático ese diván—dijo.—Podíamos quitarlo de ahí; ¿no te parece?

Jorge sintió una punzada en el corazón: no contestó al pronto; pero se dominó, y dijo:

—Me parece bien...

—Tengo ganas de quitarlo—repuso ella, saliendo de la sala arrastrando la larga cola de su bata.

Jorge empezó á tener una resignación sombría: cuando la oía gozar con los futuros arreglos, y hablar contenta de futuras venturas, se decidía por destruir la carta, y olvidarlo todo. Ella estaba de seguro arrepentida, y le amaba... ¿Por qué crear á sangre fría una perpetua infelicidad? Pero cuando la veía con sus movimientos lánguidos extenderse en la *chaisse-longue*, ó, al despedirse mostrar la blancura de su cuello, pensaba que aquellos brazos habían estrechado á otro hombre, y gemido de amor aquella boca en ajeno lecho..., le invadía una oleada de cólera brutal, y se alejaba para no ahogarla...

Empezó á decir Jorge que se encontraba mal, y los inquietos cuidados de ella y las mudas preguntas de sus ojos, le hacía más infeliz porque se sentía amado cuando sabía que había sido vendido.

Un domingo dió ya permiso Julián para que Luisa hiciese por la noche los honores de la casa. Fué para todos un placer verla en la sala—un poco pálida y delgada aun, pero, como dijo el Consejero, restituida á los deberes domésticos y á los goces de la sociedad.

Julián, cuando llegó, á las nueve, la halló bien, y abriendo los brazos en medio de la sala, exclamó:

—¿Qué me dicen ustedes de la novedad? La buena pieza de Ernesto tuvo un triunfo.

Así lo había leído. *El Diario de Noticias* decía que "el autor fué llamado al proscenio en medio del mayor entusiasmo, y recibió una hermosa corona de laurel." Luisa dijo que quería ver la obra.

—Más tarde, doña Luisa, más tarde—dijo el Consejero.—Conviene evitar ahora toda conmoción fuerte. No dejaría de llorar; conozco su buen corazón, y esto podría producir una recaída. ¿No es cierto, amigo Julián?

—Cierto, Consejero, cierto... Yo también quiero ir, convencerme por mis ojos...

El ruido de un coche á trote largo, que se detuvo á la puerta, les interrumpió, y la campanilla sonó con fuerza.

—¡Apuesto á que es el autor!—dijo Julián.

Casi inmediatamente se precipitó en la sala la radiante figura de Ernestillo, de frac; todos se levantaron, y le abrazaron ruidosamente; ¡mil enhorabuenas! ¡mil enhorabuenas! Y la voz del Consejero, dominando á las demás, exclamó:

—¡Bien venido el aplaudido autor! ¡Bien venido!

Ernesto estaba sofocado de júbilo. Tenía una sonrisa muda; las ventanas de la nariz se le dilataban, como para respirar incienso; el pecho hinchado de orgullo; movía la cabeza sin parar, como en instintivo agradecimiento á las multitudes que vitoreaban.

—¡Aquí estoy! ¡Aquí estoy!—dijo.

Sentóse sofocado, y con la manera amable de un buen chico, declaró que los últimos ensayos no le habían dejado tiempo para ir á ver á su prima Luisa. Aquella noche había podido pasar un rato libre; pero tenía que volver al teatro á las diez; aun no había cenado...

Contó prolijamente el triunfo. Al principio tuvo grandes dolores de vientre... ¡Todos los tenían! ¡Los más acostumbrados á ello, los más ilustres! Pero apenas Campos dijo el monólogo del primer acto... ¡Y cómo lo dijo! Había que oírlo. ¡Una cosa sublime! Se rompió el hielo. Había gustado todo, y al final era aquello un escándalo: llamadas al autor, tempestad de aplausos. El salió á escena á la fuerza; no quería; pero Jesuina por un lado, y María Adelaida por otro... ¡Un delirio! Saavedra, el del *Siglo*, le dijo: "Es usted nuestro Shakespeare." Bastos, el de

La Verdad, añadió: "Es usted nuestro *Scribe*." Hubo cena después, y le regalaron una corona.

—¿Y le sirve?—preguntó Julián.

—Sí; un poco ancha...

El Consejero dijo con autoridad:

—Los grandes autores, el insigne Tasso, nuestro Camoens, están representados con sus coronas respectivas.

—Yo se lo aconsejo, señor Ledesma—dijo Julián, levantándose y dándole en el hombro—hágase usted retratar con la corona.

Todos rieron; y Ernestillo un tanto amoscado y desdoblado el perfumado pañuelo:

—El señor Zuzarte no deja su pullita.

—Esa es la prueba de la gloria, amigo mío. Los generales victoriosos en la antigua Roma llevaban al lado un esclavo mordaz.

—Creo—dijo Luisa risueña—que esto es un honor para la familia.

Jorge fué de la misma opinión. Paseaba fumando, y dijo que gozaba tanto con la corona, como si tuviese derecho á llevarla.

Ernestillo se volvió á él.

—¿Sabes que por fin la perdoné, primo Jorge? Perdoné á la esposa...

—Como Cinto...

—Como Cinto—afirmó Ernestillo satisfecho.

Doña Felicidad lo aprobó.

—Ha hecho usted muy bien; es más moral.

—Jorge es el que quería que diese fin de ella—dijo Ernestillo, riendo tontamente.—¿No se acuerda usted, aquella noche?...

—Sí, sí—dijo Jorge nerviosamente.

—Nuestro querido Jorge—dijo solemnemente el Consejero—no podía insistir en tan extremas ideas,

y de seguro que la reflexión y la experiencia de la vida...

—Mudemos de tema, Consejero — interrumpió Jorge.

Y entró en su despacho bruscamente.

Sebastián entró, inquieto, detrás de él. Estaba a oscuras.

—¿No callarán esos idiotas? ¿No se irán?—dijo roncamente, cogiendo a Sebastián del brazo.

—Cálmate.

—¡Oh, Sebastián, Sebastián!—añadió, sonándole a llanto la voz.

Luisa dijo desde la sala:

—¿Qué conspiran ustedes ahí, a oscuras?

Sebastián salió diciendo:

—No es nada; estábamos allí dentro.

Y añadió bajo:

—«Jorge está fatigado y un poco delicado».

Cuando volvió a salir, tenía el aire de hombre fatigado.

—No me siento bien, realmente. Estoy algo molesto...

—Y la débil doña Luisa necesita el reposo de su lecho—añadió el Consejero levantándose.

Ernestillo, que no podía detenerse más, ofreció a Julián y al Consejero «su carruaje, un modesto coche, si iban hacia abajo».

En tanto que doña Felicidad se arreglaba, bajaron los tres.

En medio de la escalera se detuvo Julián, y se cruzó de brazos.

—He aquí que voy entre los representantes de los grandes movimientos de Portugal desde 1820. La literatura—y se inclinó ante Ernestillo—y el constitucionalismo — añadió, haciendo lo propio ante el Consejero,

Los dos rieron la lisonja.

—¿Y el amigo Zuzarte?

—¿Yo?—añadió bajando la voz. —Hace algunos días era un terrible revolucionario, y ahora...

—¿Qué?

—Un amigo del orden — exclamó alegremente.

Y bajaron contentos de sí mismos y de su patria, para entrar en el coche del *grande hombre*.

XVII

día siguiente fué Jorge al ministerio, pero estuvo poco tiempo. En la calle le molestaba la presencia de los conocidos y de los extraños: creía que *todos lo sabían*; en las miradas más naturales veía intención, y en los más inocentes apretones de manos, un pésame: los carruajes que pasaban sospechaba si serían los que condujeron á ella al *rendez-vous*, y en todas las casas creía ver la infame fachada del *Paraiso*. Volvió á casa más sombrío y disgustado de la vida, y oyó, al entrar en el corredor, que Luisa cantaba la *Mandolinata* como en otro tiempo.

Se estaba vistiendo.

—¿Cómo estás?—preguntó él dejando el bastón en un rincón.

—Estoy bien, mucho mejor; un poco debil aun... Jorge dió algunos pasos por el cuarto.

—¿Y tú?—preguntó ella.

—Así, así...—dijo con tal desconsuelo, que Luisa dejó el peine y se fué á él despeinada, poniéndole las manos en los hombros cariñosamente.

—¿Qué tienes? Tú tienes algo... ¡Te encuentro tan

variado hace días! ¡No eres el mismo! A veces tienes una cara de reo... ¿Qué es? ¡Dímelo!

Y sus ojos buscaban los de él, que se desviaban turbados.

Le abrazó, é insistió. Quería que se lo dijese todo á "su mujercita".

—Díme... ¿qué tienes?

El la miró fijamente, y de pronto con violenta resolución:

—¡Pues bien, te lo diré! Ya estás buena, puedes oír... ¡Luisa, vivo en un infierno hace dos semanas, y no puedo más! Estás ya buena, ¿verdad? Pues bien... ¿qué quiere decir esto? ¡Dí la verdad!

Y puso ante sus ojos la carta de Basilio.

—¿Qué... es q...—articuló ella, lívida y temblándole el papel en la mano.

Abrió la carta, vió la letra de Basilio y adivinó todo de una ojeada; miró á Jorge un momento como loca, extendió los brazos sin poder hablar, llevó las manos á la cabeza con ansioso ademán, como si en ella se sintiese herida, y tambaleándose, cayó, dando un ronco grito, sobre las rodillas, y luego cuan larga era sobre la alfombra...

Jorge gritó, y las criadas acudieron. La pusieron en la cama. Jorge quiso que Juana corriese en busca de Sebastián, y quedó petrificado junto al lecho, mirándola, mientras Mariana desataba el corsé de su señora.

Sebastián llegó en seguida. Había éter y se lo hicieron respirar, y apenas abrió los ojos, se precipitó sobre ella.

—¡Habla, Luisa, escúchamel! ¡No dudo, no; pero áblamel! ¿Qué tienes?

Al oírle se desmayó otra vez. Movíala el cuerpo en sacudimiento convulsivo. Sebastián corrió á llamar á Julián.